

HOMENAJE AL DOCTOR JORGE CARPIZO

Francisco BARNÉS DE CASTRO

Fue en 1986 cuando, durante el proceso de selección de candidatos a la dirección de la Facultad de Química, tuve oportunidad de constatar, a lo largo de la entrevista y de las ingeniosas preguntas de difícil respuesta que acostumbraba hacer el rector Jorge Carpizo, su enorme capacidad de análisis y su profundo conocimiento de la Universidad Nacional y de sus académicos, enriquecido sin duda por la amplia experiencia adquirida a su paso por la dirección del Instituto de Investigaciones Jurídicas, por la Coordinación de Humanidades y por la oficina del Abogado General.

Ya en mi carácter de director, me tocó acompañar al rector Carpizo en muy diversas tareas e iniciativas. Sin duda, la de mayor envergadura fue la iniciativa de transformación de la UNAM, que se derivó del profundo diagnóstico que realizó sobre la institución, y que presentó ante el Consejo Universitario, y posteriormente ante la comunidad en general, bajo el título de “Fortaleza y Debilidad de la Universidad Nacional Autónoma de México”. También considero importante destacar el amplio apoyo que brindó desde la Rectoría a la campaña financiera de la Facultad de Química que emprendimos durante mi gestión como director de la misma.

Me referiré primero a la que concierne a mi Facultad. Desde un tiempo atrás, un grupo de exalumnos se mostraron interesados en contribuir a rescatar el edificio histórico de Tacuba, donde se había fundado la antigua Escuela Nacional de Ciencias Químicas, y en apoyar en la construcción del futuro de la Facultad, enterados de las crecientes carencias en infraestructura y en equipamiento indispensables para el desarrollo de las actividades de docencia e investigación y de las fuertes limitaciones presupuestales que enfrentaba nuestra Universidad en esos años.

Fue así como, con el apoyo de un amplio conjunto de distinguidos exalumnos, preparamos la campaña financiera que presenté, en primera instancia, al rector Jorge Carpizo, de quien obtuve no solo una respuesta entusiasta, sino el generoso ofrecimiento de que la Universidad aportaría de sus

recursos extraordinarios un peso por cada peso que se obtuviera de la campaña. El apoyo comprometido por el doctor Carpizo nos permitió además presentar una propuesta más sólida al gobierno federal para la consecución de recursos adicionales y cuadruplicar, al término de la campaña, la meta que nos habíamos propuesto de recaudar dos millones de dólares.

Otro beneficio que tuvo este esfuerzo fue que permitió lograr, de manera simultánea, un acercamiento con la industria y con los exalumnos de la Facultad, lo que apoyó la recuperación de la confianza en nuestra institución.

La campaña financiera permitió formalizar la constitución de un patronato, cuya operación se mantiene vigente, con la activa participación de la mayoría de los patronos originales y la de muchos otros exalumnos comprometidos que se han ido sumando a lo largo de los años. El alcance de las acciones a las que se destinan los recursos gestionados por el patronato se ha acrecentado, abarcando el desarrollo de obras de infraestructura, adquisición de equipo, consolidación de programas y apoyo para alumnos que así lo requieren.

Con relación a la otra gran empresa a la que hice mención, a aquella que se refiere al fortalecimiento de la Universidad en su conjunto, quiero iniciar recordando el valiente análisis autocrítico de nuestra casa de estudios que hizo Jorge Carpizo, indispensable para ubicar la posición que mantenía la Universidad Nacional y los retos y oportunidades que enfrentaba, para poder replantear su trayectoria y establecer las acciones que de manera prioritaria tendría que tomar en los últimos años del siglo XX.

Con frecuencia existen en las grandes instituciones actores que no gustan de reconocer los problemas y los rezagos que se tienen, y que impiden cumplir cabalmente con el objetivo último de las propias instituciones, con eficacia, con eficiencia y con calidad. Ni la UNAM ni el doctor Jorge Carpizo desconocían el reto que significa el presentar de manera clara un diagnóstico veraz y comprometido.

Como atinadamente señalaba el rector Carpizo, el fin último de nuestra Universidad Nacional es un México mejor, un México más justo, más libre. El papel que debe desempeñar nuestra institución en la persecución de ese objetivo es su fortaleza académica y la congruencia con que lleva a cabo sus funciones, propiciando la generación de conocimiento humanista, científico y cultural, así como la formación de profesionistas capaces y comprometidos con nuestro país, retribuyendo de esa forma a la sociedad mexicana a la que nos debemos.

Expuso en forma atinada que la Universidad, sin un nivel académico apropiado dejaría de ser un factor de movilidad social, y que los intentos

por reducir los requisitos académicos constituían un fraude inadmisibles a la nación y a las nuevas generaciones.

Coincidió con su opinión sobre nuestra Universidad en el sentido de que, además de ser depositaria de instituciones y colecciones nacionales, mantiene un alto nivel académico en múltiples disciplinas, lo que le ha permitido ser la principal formadora de recursos humanos para otras instituciones de educación superior del país, pero también que es indispensable superar las debilidades importantes que la limitan para cumplir cabalmente con sus objetivos, y que es necesario exponer los problemas con claridad para diseñar las estrategias más adecuadas para superarlos y para generar los consensos que son necesarios para poder implementarlas.

El diagnóstico presentado a la comunidad universitaria sirvió de base para aprobar un amplio y ambicioso conjunto de medidas con las que se pretendía superar nuestros rezagos, en una histórica sesión del Consejo Universitario, el primero al que tuve oportunidad de asistir como recién nombrado director de la Facultad de Química.

El resto es historia. Me tocó acompañar al doctor Carpizo durante los difíciles días del movimiento estudiantil que se gestó como consecuencia de las reformas que habían sido aprobadas, y, una vez superado éste, apoyarlo a lo largo de la última etapa de su periodo como rector. Es cierto que para dar salida a dicho movimiento fue necesario suspender varias de las medidas que habían sido aprobadas, pero también es justo reconocer que el proceso de reflexión y transformación que inició el doctor Carpizo dejó una profunda huella en la UNAM, y ha persistido, con diferentes enfoques, a lo largo de estos años, lo que nos ha permitido seguir avanzando para consolidarnos como la mejor universidad de América Latina y como la institución nacional que más ha contribuido y sigue contribuyendo al desarrollo del México moderno.